

La santidad de la Iglesia

por el

P. Félix García

¿NI SOMBRA DE SU FIGURA?

La Iglesia, afirmamos categóricamente, es santa, con santidad continuada, constitutiva, comprobable, desde su fundación, a lo largo de toda la Historia. Es una nota esencial de su ser orgánico; una revelación continuada de su fecundidad. Al decir que es *santa* la Iglesia no proferimos un elogio ditirámico, ni la atribuimos simplemente una cualidad adjetiva, precaria, de tal modo que nos sea lícito afirmar que la Iglesia ha florecido en santidad en determinadas épocas —escasas quizá—, y en otros momentos históricos ha dado en decadencias lamentables, igual exactamente que acontece con las culturas, que alcanzan un índice de rara perfección, para degenerar más tarde y sufrir complejas trasmutaciones. Afirmaciones de esta índole, desatinadas y torpes, se han aventurado no sólo por enemigos sectarios, sino también por quienes, aun siendo cristianos, precipitan sus juicios y se atienen a los

postulados de una experiencia relativista y menguada. La Iglesia —oímos repetir con tremenda injusticia— no es ni sombra de su figura: tuvo santos egregios; hoy no hay santos; tuvo su floración vernal en instituciones benéficas y en la expansión de su fe; hoy se debate sin vitalidad interna, burocratizada, mediatizada, inclinada a lo terrenal, con detrimento de lo eterno.

Es más: ¿no se oye reiteradamente hablar con irreverente desenfado, con frivolidad increíble, en círculos, en polémicas, en comentarios, no ya de gentes alienígenas, forasteras, por decirlo así, sino entre católicos, motejar a la Iglesia, inculpar a la Iglesia, endosar a la Iglesia debilidades, complicaciones, desaciertos o intervenciones sinuosas en la política de este mundo y atribuirle no sé qué propósitos ajenos a su misión y a su santidad? A cualquiera le es posible oír cómo se aventuran afirmaciones parecidas: “La Iglesia ha claudicado”, “La Iglesia se ha desviado de su misión”, “La Iglesia navega a favor de la política humana, con detrimento de la política de Dios”. Cualquier controversia o comentario sobre problemas candentes, en los que se trata de buscar argumentos fáciles para explicar corrupciones, abusos e inmoralidades, termina con el socorrido tópico: “La Iglesia tiene la culpa porque se implica en menesteres demasiado humanos”. A la Iglesia se la trae y se la lleva sin piedad y se le crean tristes odiosidades. Porque se la desconoce; porque se la desfigura. Y la Iglesia, hoy como siempre, tiene que llevar la Cruz que le echan encima las infidelidades, las ignorancias, las injusticias, el desamor de los que

están en la Iglesia y no viven la Iglesia, de los que son miembros estériles para el bien y con viciosa fecundidad para el mal, de los que debieran ser su decoro y su justificación y son, por desventura, su desprestigio y su afrenta. Muchos cristianos tibios y descastados suscribirían sin reparo las palabras odiosas de León Denis: "La causa de la muerte de la Iglesia es un mal orgánico, porque su núcleo vital está lesionado. No parece sino que el espíritu de Jesús ha abandonado a la Iglesia. No existe en ella el fuego de Pentecostés; esa llama generosa se ha apagado".

Con Orígenes podríamos responder a los impugnadores de la Iglesia, lo mismo que a los impugnadores de Cristo: "Los falsos testigos se levantarán contra Jesús sin descanso, y en tanto subsista la malicia en el corazón de los hombres, se oirán las acusaciones contra El. Hoy como ayer El se calla y no responde con palabras: su defensa está en la vida de sus verdaderos discípulos. Es esta vida la que habla el lenguaje más claro". Es decir, que el verdadero cristiano da testimonio de Cristo y de su Iglesia, es un argumento de Dios: el que no lo es se convierte en argumento hostil, en contraprueba de la Iglesia y de Cristo.

LA SANTA MADRE IGLESIA.

Ahora bien; ante esa depresiva conceptualización de la Iglesia, el cristiano, el hombre de Cristo, confiesa y proclama que la Iglesia es *santa*, que lo fué siempre y lo será hasta la consumación de los siglos: que el tron-

co, que es la vid, da perennes frutos de santidad, aunque la vid sufra continuadas podas de sarmientos inútiles y desdeñables. En esa profesión de fe, articulada y con vigencia perdurable, cada cristiano reitera su firme creencia cotidiana: "Creo en la santa Iglesia católica". Y desde que San Agustín la lanzó a la circulación universal se repite la expresión, transida de piedad, de amorosa ternura, la *Santa Madre Iglesia*, que es la fórmula viva con que cada cristiano tenía que proferir siempre el nombre de la madre, de esta madre universal que es la Iglesia.

Esa es la expresión viva, no formularia, la expresión ritual, consagrada, insustituible, con que debieran los cristianos referirse siempre a la Iglesia de Cristo, con la veneración profunda de quien ve en la Iglesia, no una institución más o menos lograda, como otra cualquiera de tipo histórico, sino al mismo Cristo que se perpetúa en su Iglesia y prolonga por los siglos la obra divina de la Redención y de la santificación de las almas. Pero la santidad de la Iglesia no cobra validez y evidencia en la apreciación, no ya de los adversarios que la malentienden y desfiguran, sino de gran parte de los cristianos, católicos, romanos, que de la Iglesia ven parcialmente, ingratamente, sólo el aspecto humano de su desenvolvimiento y de sus luchas dramáticas para llevar a las almas, apegadas a lo temporal, los recursos y riquezas de la vida sobrenatural, y ha de manejar cosas divinas con instrumentos humanos. No quieren ver estos cristianos, cortos de entendimiento y tardos de corazón, que la Iglesia santa de Cristo tiene que pere-

grinar, con sudores y lágrimas, con sacrificios y esperanzas, por este mundo de pecado, por esta ciudad terrestre, constituida —como dice San Agustín— por esta democracia universal de los pecadores, y que ella nos prolonga la amnistía divina de la Pasión y los aplazamientos del perdón y de la caridad de Cristo, las alegrías del Buen Pastor a la espera del retorno de las ovejas perdidas, y sigue incansablemente prodigando los carismas del Espíritu y la gloria de Pentecostés.

Con una enorme inconsecuencia olvidamos la función divina y sobrenatural de la Iglesia, constituida con elementos humanos y pecadores, en vías de perfección o de retroceso, por no vivir vinculados a ella, y le atribuimos las debilidades e imperfecciones de sus miembros, y cargamos sobre la Iglesia, como cargamos sobre los hombros de Cristo, el fardo de nuestras miserias y pecados; y como Cristo quedó desfigurado y hecho el oprobio de los hombres, también la Santa Madre Iglesia se nos aparece con frecuencia desdorada, impurificada, con las ignorancias, los rencores, las inconsecuencias y caídas de los hombres que la constituyen, que viven en ella, pero que no viven de su espíritu ni reciben el riego circulatorio de su gracia. De ahí esas transferencias ilógicas, mezquinas, que hacemos a la Iglesia, de las desviaciones de sus miembros, que en vez de hacer suya la santidad de la Iglesia, la afean con su indignidad. Con razón se ha podido escribir un libro doloroso que habla de la dignidad del cristianismo y de la indignidad de los cristianos. Ahí radica ese extendido equívoco, esa torpe y generalizada injusticia de confundir a la Iglesia como institución,

como Cuerpo místico de Cristo, como sociedad divina, aunque compuesta de factores humanos, con los miembros imperfectos y perfectibles que la constituyen; de no ver su prodigiosa vida interior, manifestada en su obra admirable a través de la historia, y apreciar preferentemente las deficiencias posibles de sus procedimientos humanos. Se potencian más las caídas, errores, apostasías e infidelidades de sus adeptos que las virtudes y los heroísmos, que la caridad y la acción santificante de sus hijos, multiplicada y demostrada constantemente en todas las manifestaciones de la vida. A los que dicen que ahora no se dan santos como en los siglos de religiosidad comprobada podemos contestarles con las palabras del P. Foresta: “Se lamentan de que no hay santos. Yo los encuentro por dondequiera que vaya”. Y es cierto. Todo depende de la idea que tengamos de la santidad.

LA CRUZ DE LA IGLESIA.

Es natural que por ese error de enfoque y apreciación se dé por parte de no pocos cristianos en una actitud de pesimismo y derrota, y que se llegue a la conclusión, que oímos formulada, generalizada, con frecuencia: “Cristo ha fracasado en la Iglesia”; “La Iglesia falla porque tiene más de humana que de divina”. Si es que no se profiere esta vulgaridad, bastante extendida: “La Iglesia son los curas”.

¿Qué idea pueden tener de la santidad de la Iglesia quienes, dentro o fuera de la Iglesia, la reducen a

tan bajo nivel y la desfiguran tan lastimosamente, buscándole razones de desprestigio, de minus-valía, de fracaso? Esa es la cruz pesada de la Santa Madre Iglesia, que ha de vivir en Cruz. Esa es cabalmente su gloria y su tormento: cargar con la indignidad de los hombres para transformarla en obra de santificación.

Se abusa con exceso de ese argumento fácil, visible, de los cristianos como piedra de escándalo y desedificación, que malogran en cierto modo la santidad de la Iglesia, la santidad exterior, brillante, hecha de logros y de victorias, y no esa santidad íntima, abnegada, de vencimiento sobre el egoísmo y de eficacia maravillosa en la vida de la justicia y de la caridad. Existe, con caracteres de generalización, esa tendencia enemiga, con vistas al escándalo, de prejuzgar la santidad de la Iglesia a través de las debilidades o inconsecuencias de los cristianos. Su conducta oscilante, su tibieza en la fe, su ignorancia y deformaciones, el divorcio entre lo que creen y lo que practican, todo lo que, en una palabra, es visible y censurable constituye el tema más socorrido de controversias, discusiones y reproches; y de eso se habla más que de la santidad de la Iglesia y de la elevación y de las maravillas de la vida cristiana.

Decimos que el cristianismo es la religión del amor: y lo es ciertamente; pero se le juzga por el odio y la animosidad que se profesan no pocos cristianos. El cristianismo es la religión de la libertad; pero se le juzga por las violencias cometidas en la Historia por los cristianos. Los cristianos comprometen su fe y se prestan por lo mismo a hacer caer en la trampa a los

incautos, propicios siempre a hacerse eco de contradicciones y escándalos.

Estamos cansados de oír —dice Berdiaeff— que los representantes de otras religiones, los budistas, los mahometanos, los israelitas, son mejores que los cristianos y cumplen mejor las leyes de su religión que ellos el Evangelio. Nos señalan, además, los incrédulos, los ateos y materialistas, que son superiores a nosotros, más idealistas en la vida y capaces a veces de mayores sacrificios. Estaréis cansados de escuchar argumentos especiosos de este tipo, no ya a católicos e indiferentes, sino a cristianos, acaso piadosos, más perspicaces para descubrir fracasos o debilidades que para entender con entendimiento de caridad y hacerse participantes de sus frutos de santidad y de elevación. En el fondo nos encontramos siempre con el eterno reproche que se le hace a la Iglesia por la indignidad y falta de forma de los cristianos que o no cumplen con las normas de su religión o la adulteran y desprestigian. Por la elevación y santidad de la Iglesia se juzga de la indignidad y baja tensión de los cristianos. O se invierte el argumento; y de la vida incapaz, fría, de los cristianos inducen la no santidad de la Iglesia. Pero, ¿cómo puede imputarse la vulgaridad de los cristianos a la Iglesia, cuando a la vez se les reprocha a los mismos que no están a la altura de la fe y de las exigencias de la Iglesia? La contradicción es evidente y lo es también la hostilidad, la ligereza incalculable de tantas impugnaciones, hechas con ira, con no sé qué resentida amargura.

Si los adeptos a otras religiones —prosigue Ber-

diaeff— son a menudo más fieles a su credo —cosa muy discutible— que los cristianos, si cumplen mejor sus preceptos —que es más discutible todavía—, es justamente porque éstos están más a su alcance, en comparación con la excepcional elevación y pureza del Evangelio. Es más fácil ser un buen mahometano que un buen cristiano. Realizar en la vida el ideal de la religión del amor es arduo y glorioso, sin duda; y exige sacrificios y grandeza de alma que no son exigibles a los adeptos de otras religiones. Si un materialista o un ateo muestra ciertas virtudes naturales fáciles —es limosnero o tolerante y apacible, por ejemplo—, le exaltamos y ponemos como modelo, aunque en otros aspectos sea reprobable. Pero es infinitamente más difícil para el cristiano estar a la altura de su fe, de su ideal, pues debe amar a sus enemigos, llevar valientemente su cruz, resistir heroicamente a las tentaciones del mundo, que es lo que no tienen que hacer ni el mahometano, ni el israelita, ni el escéptico. La vida del cristiano es una crucifixión continua de sí mismo, y en él una sombra desluzca su santidad, mientras que en el que no lo es un pequeño rayo de luz parece que disculpa su tenebrosidad.

Insisto en estas consideraciones porque por ahí van siempre las alegaciones y censuras contra la Santa Madre Iglesia. Y así se va espesando en torno de ella una atmósfera hostil, de animadversión y menoscabo, y se le endosan culpabilidades e irrealizaciones para justificar más tarde persecuciones, expolios y procedimientos crematorios e inhumanos. La Santa Madre Iglesia

sigue cargando, para expiarlos, con los escándalos, injusticias e iniquidades de los hombres.

De la Iglesia vemos su actuación temporal, es decir, la más inmediata y expuesta a las miradas del mundo. Pero su vida interior, sus caminos para llegar a las almas, la comunión de los santos, la convivencia divina, los sacrificios y el espíritu de oración, las alegrías íntimas de Dios en ella, todo lo que es vida mística, actuación de la gracia, reconciliación y caridad jamás abreviada, Cristo viviendo en su Iglesia, en las profundidades de la Eucaristía, con su apelación constante a la pureza de corazón, a la humildad y a la pobreza de espíritu, al amor al prójimo y a la esperanza en la vida venidera, todo eso, que es su vida y su afán, eso no suele apreciarse ni beneficiarse de ello. Los hombres perciben con más prontitud el mal que el bien; son más sensibles para descubrir el lado superficial, perentorio, de la vida que el fondo íntimo, la riqueza de la vida de la santidad.

Hay que recordar siempre, para percatarnos bien de la santidad de la Iglesia, que la Iglesia de Dios está compuesta por un elemento divino y un elemento humano; que la vida de la Iglesia es una vida teándrica, es decir, una acción recíproca de lo divino y de lo humano, con una constante reversibilidad. Los fundamentos divinos de la Iglesia son eternos e infalibles, santos y puros, sin aleaciones ni concomitancias posibles con el mal. El elemento divino en la Iglesia es Cristo, la enseñanza moral del Evangelio, los principios fundamentales de nuestra fe, los dogmas de la Iglesia, los Sacramentos, la acción de la gracia y del Espíritu San-

to. ¡Cuántas maravillas y grandezas por esta vertiente que da a lo divino en la Santa Madre Iglesia! ¡Y cuántas seguridades y esperanzas de salvación las que nos brinda! Pero el lado humano de la Iglesia es vulnerable y falible y sujeto a la inclemencia de los tiempos y de los hombres. Puede en este sentido sufrir la Iglesia, constituida por hombres, contradicciones y mixtificaciones; puede estar expuesta a equívocos y alteraciones transitorias, a todas las inconsecuencias de los hombres. Pero esos no serán pecado ni errores de la Iglesia como tal, sino de los miembros que integran la Iglesia. Los pecados de la humanidad y de las jerarquías eclesiásticas —se ha dicho— no son los pecados de la Iglesia, tomada en su esencia divina, y no menguan ni desdoran su santidad. Es lamentable que no todos los que viven en la Iglesia sean ejemplares y no traten de asemejarse a su modelo, Jesucristo; es lamentable que haya apostasías, infidelidades, tibiezas, alejamientos del Evangelio, dentro del ámbito de la Santa Madre Iglesia. Ello indica, no fracaso de la Iglesia, como quieren los intransigentes, los extremos, sino el esfuerzo, la abnegación y la pena de la Iglesia, que ha de estar integrada por pecadores, arrepentidos, justos, por gentes de toda índole, que hay que convertir en vasos de edificación. El discipulado primero de Cristo estuvo compuesto de unos cuantos hombres rudos, ignaros, defectuosos, y ellos formaron la primera comunidad cristiana, y siendo tan reducidos en número, contó con un traidor y un negador de Cristo. ¿Quién negará la eficacia, la virtud, la santidad de aquella congregación, de aquella primera masa nuclear en la

que los hombres imperfectos giraban en torno de Cristo, que era el que le confería su virtualidad y su excelencia? No hay que olvidar que el Cristianismo, la Iglesia, reclaman una superación de la naturaleza humana, una manumisión de los instintos, una asimilación de la gracia y exige, si se quiere, una crucifixión en Cristo, pero es para arribar a una transfiguración. Esa es la tarea de la santidad. Contra esa obra de Cristo en nosotros se rebela la naturaleza humana y tiende a anularla y desfigurarla. La Iglesia ve cómo caen en la contienda muchos de sus fieles, y espera su retorno. Pero una caída de los suyos no amengua en nada ni su santidad ni su justicia. Acrecienta, es cierto, su dolor y su crucifixión, y sin duda la acrisola más y la transfigura, como los extravíos del hijo nada dicen contra la dignidad de la madre, sino más bien la aureolan de sacrificio y de esperanza.

La lucha entre las humanas tendencias y las elevaciones de lo divino no cesa nunca: y acontece que en esa contienda dramática, el que sabe entender verá cómo lo divino ilumina lo que es humano, y lo humano a su vez, trata de imponer su tiranía, adultera a lo divino. La Historia, que a veces es maestra de la vida, nos ilustra hartamente sobre las vicisitudes por que ha pasado la Iglesia por la incomprensión de los hombres, que no suelen ver en ella la continuidad de la vida, de la Pasión y de la economía divina de Cristo para bien de los hombres. La humanidad, con sus veleidades y transiciones violentas, se desnivela, carga del lado de lo Divino, unas veces con menosprecio del hombre, o se derriba hacia el lado del hombre con

posposición de Dios. La Iglesia, en cambio, busca la vinculación del hombre con Dios y con el hombre por la caridad: trata de buscar el equilibrio entre el amor de Dios y del hombre, y el resultado de esa aproximación es la santidad, el *ordo amoris* de que hablaba San Agustín, en el que se resuelven todas las antinomias y tienen explicación todos los aparentes contrasentidos de la vida. Pero por una serie de desvíos y negaciones se ha llegado a un momento de crisis de la idea teándrica y con ella el divorcio entre el amor del hombre y el amor de Dios. Como consecuencia de esa disociación surgió la hostilidad y la depreciación de la Iglesia, y para herirla de flanco se trató de inferir el fracaso y decadencia de la Iglesia, achacándole las miserias y fracasos de sus adeptos. De ahí ha provenido un cierto contagio, una manía, que se extiende no ya a incircuncisos y alejados de la Iglesia, sino a muchos cristianos que no ven la Iglesia nada más que como una institución humana, administrativa, de lo divino, pero con modos demasiado humanos, y hablan de la Iglesia, la censuran con desenfado, con menor aprecio, como queriendo cohonestar las propias faltas, al poner de manifiesto las supuestas claudicaciones de la Iglesia.

SAN AGUSTÍN, CANTOR DE LA IGLESIA.

¡Qué lenguaje tan distinto el que usan, no ya sólo los Santos, sino todos, cristianos o indiferentes, los que penetran en la contextura interna de la Iglesia y comprenden la grandeza de su misión, la santidad de

su doctrina, su maternal solicitud por las almas y su urgencia sobrenatural porque los hombres constituyan un solo rebaño, pastoreado por un solo pastor!

San Agustín, en una explosión de reconocimiento y de entusiasmo casi fáustico, habla de las excelencias y carismas de la Santa Madre Iglesia: “¡Oh Iglesia católica, verdaderísima Madre de los cristianos; con razón predicas que hay que honrar purísima y castísimamente a Dios, cuya posesión es vida bienaventurada; y con igual razón no presentas a nuestras adoraciones criatura alguna a la que estemos obligados a servir, y excluyes también de la incorruptible e inviolable eternidad, a la que el hombre debe vasallaje y obediencia y a la que únicamente debe estar unida el alma racional para ser feliz, todo lo que ha sido hecho, todo lo que está sujeto a mutación y al tiempo, y no confundes lo que la eternidad, la verdad y la paz misma distinguen, ni separas lo que la unidad de la majestad une. Y después de estas sublimes enseñanzas haces de tal manera tuyo el amor y la caridad del prójimo, que en ti hallamos toda medicina potentemente eficaz para los mucho males que por causa de los pecados aquejan a las almas. Tú, Iglesia santa, adiestras y amaestras a los niños con sencillez pueril, con fortaleza a los jóvenes, con delicadeza a los ancianos, conforme a la edad de cada uno en su cuerpo y en su espíritu. Tú mandas a las esposas que con casta y fiel obediencia obedezcan a sus esposos, no para saciar su pasión, sino para asegurar la sucesión del mundo y el gobierno de la familia. Tú ordenas la autoridad de los maridos sobre sus esposas, no para tratar con menosprecio al sexo

más débil, sino para señorear según las leyes del más puro y sincero amor. Tú, me atrevería a decir, con una libre servidumbre sometes los hijos a sus padres y pones a los padres delante de los hijos con dominio de piedad. Tú, con vínculo de religión, más fuerte y más estrecho que el de la sangre, unes a hermanos con hermanos. Tú estrechas con apretado y mutuo lazo de amor a los que el parentesco y afinidad une, respetando en todo los lazos de la naturaleza y de la voluntad. Tú enseñas a los criados la unión con sus señores, no tanto por necesidad de su condición, cuanto por amor del deber. Tú haces que los señores traten con más dulzura a sus criados por respeto a su sumo y común señor, que es Dios, y les haces obedientes por persuasión antes que por temor. Tú, no sólo con vínculo de sociedad, sino también con una cierta fraternidad, ligas a ciudadanos con ciudadanos y a naciones con naciones; en una palabra, a todos los hombres en el recuerdo de los primeros padres. A los reyes les enseñas a regir los pueblos, y a los pueblos los persuades a que rindan obediencia a los reyes. Enseñas con diligencia a quién se le debe honor, a quién afecto, a quién respeto, a quién temor, a quién consuelo, a quién amonestación, a quién aviso y cautela, a quién corrección, a quién reprehensión y a quién castigo, mostrando a la vez cómo no se les debe todo a todos, pero sí a todos se les debe caridad, y a ninguno ofensa y detrimento...

¡Oh —continúa el Santo transido de piedad—, si estos herejes pudieran comprender aunque no fuera más que esta verdad, libres del orgullo mortífero y henchidos del espíritu de paz, no honrarían a otro Dios

que el que en ti, oh Iglesia santa, se honra y adora! ¡Oh Iglesia bienaventurada y ungida! Por ti se conservan en todas las partes de la tierra estos divinos preceptos. ¡Oh maestra del cielo! Por ti sabemos que el pecado es mucho más grave cuando se conoce la ley que cuando se la ignora. “El pecado es el aguijón de la muerte y la fuerza del pecado es la ley”, por lo que la conciencia de su transgresión hiere y mata. Tú, Iglesia Cristífera, eres la que nos muestra cuán vanas son las acciones hechas bajo el yugo de la ley, cuando la concupiscencia causa la ruina del alma, y cuando el alma trata de reprimirse, más por el temor del castigo que por amor de la virtud. Herencia tuya es, oh Iglesia santa, esa muchedumbre de hombres hospitalarios, caritativos, misericordiosos, sabios, castos y santos, muchos de los cuales andan abrasados en el amor de Dios hasta tal punto que, en su perfecta continencia y menosprecio del mundo, han hecho de la soledad sus delicias.”

Este testimonio de San Agustín es bien expresivo y elocuente: nos revela el concepto trascendental y el fervor apasionado que sentía por la Santa Madre Iglesia. El, que conocía por experiencia la aridez y la falta de intimidad de sectas y falsas iglesias, encontró la plenitud de doctrina y de amor, de acogimiento maternal y de la familiaridad con Dios y con los hombres, en el seno de la Santa Madre Iglesia. Por eso no cesa de proclamar su gratitud y su gozo por haber arribado al puerto seguro de la Iglesia de Dios. Es el cantor más inspirado y reiterativo de las maravillas y excelencias de la Iglesia. “*Amemus Ecclesiam ut Ma-*

trem.” Amemos a la Iglesia— dice el Santo—, pero amémosla como a Madre que ella es y como entrañas de su corazón que somos nosotros, como prenda de su amor e hijos de esta Madre tan celestial, que se desangra para darnos la vida y asegurarnos la posesión de Dios. Permaneced fieles en el amor de esa Iglesia santa, que es un anticipo, una iniciación de la Ciudad celeste, que aquí peregrina por caminos que tienden a la patria y que ha de encontrar su plenitud y su realización total en la eternidad bienaventurada. Pero amad a la Iglesia no como a algo ajeno o extraño a vosotros, sino pensando que esa Iglesia viviente y santa es el cuerpo místico de Cristo, que perpetúa su redención y su gracia entre los hombres, y nosotros todos somos miembros animados de ese cuerpo, que formamos y constituímos con Cristo la congregación santa, el pueblo de adquisición que es la Santa Madre Iglesia.

Desde que el Santo entró a velas desplegadas por los anchurosos senos de la Iglesia, vivió en toda su realidad la vida de la Iglesia, formuló como nadie sus prerrogativas y su función divina, determinó sus principios constitutivos y tuvo el acierto de sabernos transmitir la emoción de su pensamiento y el arrebató de su amor. Con textos de San Agustín acerca de la Iglesia se podría componer un extenso volumen. No hay exageración en afirmar que ha sido su cantor más apasionado y constante, y que no cesa en el cántico de su gratitud.

De la santidad intrínseca de la Iglesia —pues es la santidad del mismo Cristo— que la dejó signada y ungida con sus carismas, deduce San Agustín su fe-

cundidad para extenderse por todos los confines de la tierra en ubérrimas propagaciones. Es la gran virtud generativa de la virginidad. De la misma manera que la virginidad de María es fecunda en su maternidad divina y humana al convertirse en Madre de todos los hombres, de la misma manera la Virginidad purísima de la Iglesia, Esposa incontaminada de Cristo, aunque macerada por el dolor y el sacrificio, es madre fecunda, que multiplica hijos en generaciones sin cuento que son el testimonio vivo de su maternidad virginal. Y por un prodigio de Dios tenemos que la que es virgen es también esposa y madre. Pero, a su vez, los hijos y la madre, vinculados por la caridad, transfigurados por el sacrificio y la gracia, pertenecemos radicalmente a Cristo. Más todavía: los hijos y la madre conjuntamente somos la *Esposa* y la *Reina*; y madre e hijos constituímos orgánicamente, vitalmente, el cuerpo místico de Cristo, y de ese cuerpo animado, prodigiosamente formado y multiplicado en su acción incesante, es Cristo la cabeza, es el Esposo de la Iglesia y Padre de la misma. Nosotros, miembros vivos de ese cuerpo, debemos estar vinculados a él por el amor, por la vida para cantar con Cristo el cántico inmortal de los redimidos y salvos por el amor.

EL LENGUAJE DE LA VERDAD.

Es digno de notarse el contraste que se observa en el modo de hablar de la Iglesia que tienen muchos que consuetudinariamente viven dentro de la Iglesia, que

se creen hijos de la Iglesia porque han nacido dentro de la Iglesia, y el modo cálido, reconocido, lleno de efusión con que se expresan los conversos, los que han vivido fuera de la Iglesia, han sentido su orfandad, y en un día de gracia, de liberación, pasan a ser hijos de la Iglesia, legitimados por la Iglesia, participantes, por derecho, de su gracia y de sus sacramentos y de su maternidad. Los textos de los convertidos nos darían la antología más acabada de la grandeza y dignidad incomparables de la Iglesia. Ellos, los convertidos, la juzgan por lo que ella es, por su espíritu, por su santidad; llegan de la dispersión, y en la Iglesia se sienten centrados, elevados a la dignidad, en pleno aprovechamiento de su vida, antes centrífuga, y tras de la conversión, coordinada y en el equilibrio de la reconciliación con Dios. “Sólo la Iglesia católica —escribe Chesterton— puede librar al hobre de la aniquiladora y denigrante esclavitud de ser *un hijo de su tiempo*.” Se deduce perfectamente lo que el gran humorista quiere significar con la expresión *hijo de su tiempo*, de las circunstancias, sin arraigo. “En oposición a todos los demás hombres —continúa—, tiene el católico una experiencia de diecinueve siglos. Un hombre que se hace católico alcanza súbitamente la edad de dos mil años. Expresado aún con más exactitud, quiere decir: sólo entonces es cuando se desarrolla y llega a la plenitud de su humanidad. Juzga las cosas tal como mueven a la humanidad en las diversas épocas y naciones, no por las últimas noticias de los periódicos... La Iglesia católica ha demostrado hace mucho tiempo que ella no es un invento de su época. Es la obra de su Creador, y sien-

do ya vieja, es tan vigorosa como en su primera juventud: y hasta sus enemigos, en lo más profundo de su alma, han renunciado a la esperanza de verla morir.”

Páginas admirables de unánime reconocimiento de la santidad y virtualidad perennes de la Santa Madre Iglesia podríamos aducir tomadas de las obras de Newman, del P. Fáber, de León Bloy, de Papini, de Belloc, de Edith Stein, de Claudel, de James, que han hablado de la Iglesia con un lenguaje cálido, de íntima penetración, que contrasta enormemente con el lenguaje tosco, injusto, peyorativo, plagado de reproches e imputaciones que estamos acostumbrados a escuchar a cristianos, a católicos, que desde dentro de la Iglesia juzgan y censuran y condenan procedimientos y actitudes de la Iglesia, y le atribuyen quiebras y deficiencias que son, no de la Iglesia, sino de ellos mismos, que por no vivir la Iglesia son el desdoro y menoscabo de la Iglesia. Hablan de la Iglesia sin respeto, y no ven que, al hablar así de la Iglesia, se condenan a sí mismos, por no saber beneficiarse de su vida divina, y por no hacerse otro Cristo —*alter Christus*—, que debe ser todo cristiano, se convierten en anti-Cristos, en desfiguración de Cristo. Repitámoslo una vez más: la Cruz más pesada de la Santa Madre Iglesia Católica —por la que el sacerdote pide cotidianamente en la oración conmovida del Canon de la Misa— son los cristianos indignos, que son su escándalo y su descrédito; que dentro de la Iglesia cometen como una doble estafa: la de desfigurar a Cristo y hacer estéril su obra de santificación en las almas. Si el cristiano no es santo será porque frustra a Cristo, al Pedagogo divino, en

sí mismo; no porque no disponga de todos los medios naturales y sobrenaturales para santificarse y ser un testimonio vivo de Cristo.

LA IGLESIA ES SANTA.

Concretando más todavía, afirmamos que la *Iglesia es santa* no sólo por razones o demostraciones de su virtualidad, de su eficiencia en la vida de las almas a través de la historia, sino por constitución y esencia. En cualquier Manual de Apologética nos encontramos con la proposición demostrada y demostrable de que la Iglesia es santa, y la santidad es una de sus notas externas, por lo que se deduce la verdad de su origen divino.

¿Qué alcance tiene esta expresión la Iglesia es santa? Porque cuando le conferimos la denominación de *santa* no lo hacemos en metáfora o alegoría; no es una designación litúrgica, convenida, una simple atribución externa, ponderativa de su alta misión sobre la tierra. No: cuando afirmamos que la Iglesia es *santa* predicamos de ella una cualidad interna, constitutiva, esencial, de tal modo que si por un momento pudiera dejar de ser *santa* quedaría como una institución histórica, quizá la más perfecta, pero habríase trocado su esencia y su figura.

La Iglesia es santa, constitutivamente, por su origen, por su destino, por sus carismas, por sus manifestaciones de santidad, por sus medios de salvación y por las gloriosas legiones de santos, canonizados o no canonizados, que son un testimonio vivo de su capa-

cidad santificadora. Estamos mal habituados a ver la Iglesia en su aspecto sólo humano, en su funcionamiento histórico, en su cultura, y no en su función divina de salvar almas y perpetuar la redención de Cristo. Pero ¿de dónde le viene a la Iglesia su santidad esencial? Del único de quien puede provenirle: de Cristo.

La Iglesia nace potencialmente —podría decirse— en el momento adorable del misterio de la Encarnación. De hecho se da por admitido que la Iglesia inicia su vida en aquella jornada impetuosa, arrebatada, del día de Pentecostés, cuando los Apóstoles, ebrios e iluminados, con el fuego del Espíritu en los labios y en el corazón, salen del Cenáculo y predicán ante las gentes asombradas a Cristo, pero a Cristo Crucificado. Ese es, si queréis, el primer día oficial de la Iglesia. Pero el momento germinal, genésico, celular, de la Santa Madre Iglesia es el del misterio de la Encarnación, cuando Cristo asume nuestra mortalidad. La Encarnación no es un acto transeúnte. Decretada la Redención, el Verbo se hace carne y se vincula al hombre, podríamos decir que de modo inmanente; pero el prodigio, el misterio adorable consiste en que, al vincularse al hombre, es la Humanidad —no sólo tal o cual individuo—, la humanidad como unidad de todos los hombres, la que es asumida por Cristo para ser redimida y religada con Dios. Como en el pecado de los primeros padres participó con misteriosa y tremenda solidaridad la humanidad entera, del mismo modo en la Encarnación de Cristo participa la humanidad entera por solidaridad de amor y de redención.

El hombre total fué restaurado, ascendido, vuelto a la amistad con Dios de un modo verdadero y real, de suerte que ya jamás, en lo sucesivo, podría esta humanidad asumida por Cristo ser despojada de la vida divina, en su raíz, por muchas que sean las iniquidades e infidelidades de los hombres. Cristo, por consiguiente, en su persona divino-humana, es la Humanidad nueva, restaurada, el principio nuevo, el hombre total en el sentido pleno de la palabra. Aquí es donde el genio de San Agustín se remonta a las grandes alturas teológicas. Es él quien ha formulado de una manera magistral la unidad de Cristo y los hombres, y en esa unidad es donde él encuentra el carácter esencial de la Iglesia. "Siendo El la cabeza y nosotros los miembros, miembros y cabeza son el Hijo de Dios." "Siendo El la cabeza, con sus miembros forma un solo hombre."

En el misterio de la Encarnación —dice Karl Adem— la Iglesia se encontraba ya, por derecho, como comunidad orgánica. Los innumerables individuos, la suma de todos los que son rescatados, son ya realmente en su vínculo interior mutuo, en su interdependencia vital, en su comunidad orgánica, absolutamente inseparables de El por toda la eternidad. La Encarnación, pues, con su fin de universal Redención es, para el fiel católico, el fundamento, el principio orgánico de esta Comunidad nueva que llamamos Iglesia. El cuerpo de Cristo y el reino de Dios eran ya algo objetivo, realmente causado, por el hecho mismo de hacerse el Verbo carne para salvar a los hombres.

Y en este hecho fundamental, dogmático, radica la

santidad de la Iglesia. Cristo, la santidad misma, no puede realizar más que obras santas: su doctrina, su vida, sus palabras, su perdón, son santos, como es santa la naturaleza humana por él asumida. Ahora bien: la Iglesia es la prolongación de la Encarnación, es no sólo la depositaria de la Redención, es el órgano jurídico de la hegemonía de Cristo, el mismo Cristo que sigue vinculado a la Humanidad hasta que se consuma por los siglos la obra de la Redención. Y nada podrán ni las contingencias ni los pecados de los hombres, miembros de esa Humanidad rescatada por Cristo, para desvincular el Cuerpo y el alma de esta Comunidad orgánica que es la Iglesia ni para reducir su santidad esencial. Los miembros podrán rebelarse contra la cabeza —concluye Karl Adam— y desgajarse del cuerpo místico, pero en nada podrán amenguar o desdorar la santidad de ese organismo animado por la presencia y la vida de Cristo.

PROLONGADA POR LOS SIGLOS.

La Iglesia, pues, es santa, santísima, por constitución y esencia. En el misterio de Belén, transido de piedad, el Verbo toma aposento, no accidental, sino substancial, permanente, con la frágil naturaleza humana; toma nuestra carne de pecado para su rescate. Es Dios que reclama su botín y su herencia, que restaura al hombre caído para redimirle y salvar la obra preferida de su amor. Esa obra de Dios no podía ser transitoria. Hasta la consumación de los siglos, para

ser eficaz se ha de prolongar la obra redentora de Cristo, que es santificar las almas, devolverlas a su “origen divino esclarecido”.

Si el principio es santo, la finalidad lógicamente tiene que ser santa. Y la finalidad de la Iglesia, es decir, de la Encarnación continuada de Cristo, es la santificación de las almas, hacerles participar de la vida divina, mantenerlas vinculadas a Cristo, que las anima con el riego circulatorio de su gracia. ¡Qué tesoros incalculables de elevación, de santidad, de transfiguración, en esta Santa Madre Iglesia, tan incomprensible, tan mal conocida, por quienes debían llevar con la máxima reverencia y dignidad su filiación divina, su candidatura a la santidad!

Y claro es que si el principio y el fin de la Iglesia se conjugan armoniosamente para rescate y santificación de la humanidad, síguese por necesidad que los medios para conseguirlo han de ser santos y adecuados para la germinación de la santidad. Toda la maravillosa urdimbre de los Mandamientos de Dios, de los preceptos y consejos evangélicos, de los Sacramentos de la Iglesia, manantiales inexhaustos de gracia y santificación, de las obras de misericordia, de las Bienaventuranzas, de los dones y frutos del Espíritu Santo, de la oración y del sacrificio, de las indulgencias y de la comunión de los Santos, de las determinaciones conciliares y de la organización jerárquica de la Iglesia, y de la caridad, que es la síntesis, el denominador común de todas las razones de Dios, de todas las virtudes y de todas las santidades, porque en resumen “Dios es caridad”, y Dios conocido, Dios presentido,

Dios poseído, Dios comunicado, es el secreto de toda santidad, ¿qué es si no un juego maravillosamente combinado de fuerzas sobrenaturales para elevar al hombre, una apelación reiterada a la santidad, a la justicia, al nivel de Dios, un envolvimiento estratégico de las almas para su conquista por la caridad; más todavía, el acoso, el asedio que Dios le pone a la humanidad asumida, en plan de rescate, para el logro de la Redención en las almas y para que se realice el ideal de que seamos hechos partícipes de la vida divina?

Los medios e instrumentos específicos de la Iglesia en orden a la salvación de las almas son santos porque producen santidad y tienden a la santificación. El peligro está en confundir los que son estos medios específicos, atributivos de la Iglesia, con los que son medios aleatorios, circunstanciales para su desenvolvimiento humano en el tiempo. La doctrina sacramentaria de la Iglesia es admirable porque abarca a todas las posibilidades de salvación del hombre, y es de una riqueza psicológica y de una plenitud religiosa y moral y mística que, bien comprendida, nos debería hacer exclamar: ¿Qué más ha podido Dios inventar para la conquista y seguridad del hombre, para salvaguardar su libertad y entonarla eficazmente, para la lucha contra las concupiscencias de la vida?

El sacrificio de la Misa no es simplemente un memorial simbólico —como prefiere la frialdad protestante—, sino que es el sacrificio de la Cruz reproducido y perpetuado perennemente en nuestros altares. La sangre de Cristo sigue goteando de su divino cos-

tado. Cristo nos sigue redimiendo todos los días, y todos los días podemos asistir de rodillas, trémulos de veneración y de dicha, a la dramática y misericordiosa entrega de Cristo a la Cruz, por nosotros pecadores, para el bien del mundo y la santificación de los hombres. No nos percatamos, por desventura, a fuerza de sernos habitual, del alcance y del contenido del sacrificio de la Santa Misa. Estamos rodeados de misericordias. Limitamos por todas partes con la divinidad. Niebergall, profesor de teología protestante, dice con no disimulada pena: "No podemos formarnos idea bastante elevada de lo que es la Misa romana como poderoso medio de vida religiosa". Otro protestante, Wellhausen, dice: "El oficio divino evangélico —protestante— es el oficio católico al que se le ha arrancado el corazón". Es cierto porque le falta la realidad vivida, dramática, del misterio católico.

Pero en esta investigación de las profundidades y anchuras de Cristo con su Iglesia los prodigios se suceden sin cuento. "Por estos mares de Dios —diremos con Fray Luis de León— más se descubre cuanto más se navega", y el alma se nos llena de gratitud y de humildad y reverencia. No le basta a Cristo renovar el sacrificio de la Cruz. El amor no conoce límites ni imposibilidades. A la caridad de Cristo no le basta en su odisea por la reconquista del hombre con la reproducción viva y real del sacrificio de la Cruz: quiere que ese sacrificio se perpetúe sin cesar y queda el Señor en el Sacramento adorable del altar. La conciencia íntima de la presencia real —dice K. Adam— nos anonada; nos colma de gratitud y reverencia, y de humildad santa,

que nos hace decir: “¡Señor, yo no soy digno!”, para terminar diciendo: “¡Jesús, memoria dulce, dueño de mi corazón!” La Santa Comunión es el comercio vivo del hombre con Dios, con la santidad misma. El hombre se mueve en un piélago de santidad. ¿Cómo no ser santo? Pero la presencia de Cristo no se limita a la hora de la Comunión: Cristo permanece sacramentado, silencioso, a la espera, en nuestros tabernáculos hasta la consumación de los siglos. Lo que da a la casa de Dios ese encanto íntimo de piedad, de ascua recatada, no es ni el suave fulgor vacilante, imagen de la luz eterna, de la lamparita que arde ante el tabernáculo, ni la gravedad evocadora de las imágenes de los santos, ni la semi-oscuridad misteriosa del templo, ni el silencio y soledad. Todo eso puede favorecer al ambiente de piedad. Pero la intimidad, el calor, el centro de convergencia y de amor en las iglesias católicas está en el Sagrario con la presencia adorable y santísima de Cristo. ¡Qué manantial de santidad y de grandezas divinas! Ahí, delante del tabernáculo, el alma cristiana pasa sus horas más íntimas y plenarias, de convivencia con su Dios, de acercamiento y asimilación de lo divino; ahí comprende y vive lo que la vida tiene de más profundo y auténtico; ahí se está santificando, porque Dios no pasa estérilmente por un alma; ahí dialoga con Dios, y este dialogar con Dios no es el tiempo que habla, sino la eternidad.

Añádase a la muchedumbre de medios santificantes de la Iglesia la presencia maternal de la Santísima Virgen, Madre de Dios y de los hombres, que nos dispone a la confianza y al perdón, que intercede por los pe-

cadore, hijos suyos, y que ante nuestra necesidad de clemencia y de acogimiento, nos parece cuando Dios nos falla ya por nuestra indignidad y contumacia, que Ella llega adonde ya no podría llegar la misericordia de Dios. La Virgen materniza toda la piedad y la religión toda: nos hace más accesibles a Dios y es la mediadora, la intercesora, la abogada nuestra, para que no se frustre Cristo en nosotros. Ella, que dió forma a Dios —*est forma Dei*—, como dice San Agustín, nos configura también a nosotros a semejanza de su divino Hijo.

Y qué fuentes y estímulos de santidad los que nos proporciona la Liturgia, tan expresiva y henchida de sentido dogmático. Ella —sigue diciendo K. Adam— descubre sin cesar al fiel nuevas profundidades del misterio divino, nuevas manifestaciones del amor y de la gracia de Cristo. Por ese medio saca constantemente al fiel de las trivialidades de la vida cotidiana, y le enriquece de impresiones, de pensamientos y de fuerzas nuevas. De este modo llega a haber una continuada corriente de vida con la Iglesia. Los días de fiesta de la Iglesia, sobre todo, son fiestas populares en el sentido más noble de la palabra, gozosas gracias y verdadero júbilo ante el Señor. El resto del tiempo también está organizado conforme a la vida de la Iglesia y sus misterios, desde el Angelus de la mañana hasta el de la tarde.

LA ECONOMÍA DE LA SANTIDAD.

Todo dentro de la economía de la Iglesia está dispuesto para la santidad y la preservación de las al-

mas: todo inspira piedad y unción: por todas partes, si no vivimos tangencialmente la vida divina, nos encontramos con Cristo, con las aguas que saltan hasta la vida eterna.

La Iglesia no sólo posee medios de santificación inagotables; es, además, maestra de santos y de generaciones de justos. Cristo es el Pedagogo divino, el Maestro, el Amigo, el Pastor, que realiza su obra sin cesar. La historia de la Santidad de la Iglesia es una historia de prodigios. Desde San Pablo, San Ignacio de Antioquía, San Agustín, San Bernardo, San Francisco, hasta Santa Teresa, San Juan de la Cruz, San Vicente de Paúl, la Santa Madre Sacramento y el Santo Cura de Ars, las legiones de santos se suceden sin pausa. Son nuestra gloria y el decoro de la Santa Madre Iglesia. Y al lado de esas almas privilegiadas, de esos Santos canonizados, ¡qué muchedumbre de justos, de almas abnegadas, de imitadores de Cristo desconocidos, de Santos anónimos, de cumplidores del deber, de los que se negaron a sí mismos y han vivido con fidelidad, día a día, en unión con Dios, y que son los que forman el mantillo, la tierra fecunda de la Santa Madre Iglesia!

Pero es preciso detener la hoz en este campo florido: el brazo no se cansa de cosechar hermosuras y grandezas. Al ver el campo recorrido, la parte de mies cosechada, veo con dolor que no he hecho más que cortar las ramas más altas de esta frondosa selva de gracias santificantes de la Iglesia, que se acrecienta y acendra indefinidamente en el júbilo y la alegría del Señor. “Cristo amó a su Iglesia —nos dirá San Pablo— y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla pu-

rificándola con el bautismo de agua, por la palabra de vida, para presentarla gloriosa para sí, una Iglesia que no tuviese mancha, ni arruga, ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancilla.” Pero este ideal no será nunca realizable en la tierra, en esta tierra de pecado en la que tiene que desenvolverse la Iglesia Santa. Aquí se comienza y se va perfeccionando la obra de la santidad para tener su cabal cumplimiento en la Gloria. Con San Juan le decimos al Señor: “Santifícalos en la verdad”: “Tu palabra es la verdad”.

Cerremos estas consideraciones con las palabras candentes de San Agustín: “Ardamos en el amor a la Iglesia, si somos la Esposa. Porque esa Iglesia, esa Esposa de Cristo, no son otros: somos nosotros mismos; eres tú y yo: somos hijos de ella, pero siendo a la vez ella misma. La Iglesia somos la congregación de todos los hombres, unos en activo, otros en espíritu y ayuda, unos en espera y todos en amor y caridad. Lo que le des, ganas tú; lo que le hagas creer, aumentas tú; lo que hagas para hermosearla, te embelleces tú; cuando la coronas de gloria, a ti mismo te coronas. No somos dos Iglesias. Todos formamos un solo cuerpo; el cuerpo místico de Cristo; un solo Cristo *total*. Cada uno somos un miembro de ese cuerpo *total*; vayamos con El, sintamos con El, crezcamos con El, amemos con El y santifiquémonos en El”. “Hijos míos —prosigue el Santo—, amad a esta Iglesia, permaneced en tal Iglesia, sed vosotros mismos esa Santa Madre Iglesia. Amad al buen Pastor: orad por las ovejas descarriadas para que se congreguen en congregación de unidad y de amor, para que también ellas, las ovejas dispersas, conozcan y amen, y para que haya una sola grey y un solo Pastor.”